

Letras de Molde

P-3298

AÑO I

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid: Trimestre, 1,25 pesetas, Año, 4,50 id.—Provincias y Portugal: Trimestre, 1,50 pesetas, Año, 5,50 id.—Extranjero: Semestre, 5 francos, Año, 10 id.

MADRID
Lunes 5 de Febrero de 1900.

Redacción y Administración: Espíritu Santo, 18.
TELÉFONO, 558.
Número suelto, 10 céntimos.

NÚM. 4

COLABORADORES

Emilia Pardo Bazán, Blanca de los Ríos, Francisco A. de Icaza, Leopoldo Alas (*Clarín*), Santiago Alba, Serafín y Joaquín Álvarez Quintero, (*El Diablo Cojuelo*) Vital Aza, Víctor Balaguer, Jacinto Benavente, Eusebio Blasco, Vicente Blasco Ibáñez, Javier de Burgos, José Canalejas, Antonio Casero, Juan Antonio Cavestany, Mariano de Cavia, Sinesio Delgado, Joaquín Dicenta, José Echegaray, Emilio Fernández Vaamonde, Emilio Ferrari, José Francos Rodríguez, Luis Gabaldón, Eloy García de Quevedo, Constantino Gil, Ricardo Gil, José Gutiérrez Abascal (*Kasaba*), Vicente Lampérez, Alejandro Larrubiera, José de Lauro, Luis López-Ballesteros, José López Silva, Tomás Luceño, Manuel Manrique de Lara, Vicente Medina, Miguel Moya, Federico Oliver, José Ortega y Gasset, Manuel del Palacio, Ceferino Palencia, Antonio Palomero, José María de Pereda, Felipe Pérez y González, Jacinto O. Picón, José Ponsá, Miguel Ramos Carrión, Arturo Reyes, José Rodríguez Mourelle, Pedro Sabau, Alejandro Saint-Aubin, Rafael Salillas, Antonio Sánchez Pérez, Manuel de Sandoval, Luis Seco de Lucena, Eugenio Sellés, Fernando Soldevilla, Rodrigo Soriano, Luis Taboada, Luis Terán, Manuel Tolsa Latour (*Doctor Fausto*), Mariano del Val, Juan Valera, Enrique y Ricardo de la Vega, José Verdes Montenegro.

Luz en la calle.

Hasta el último tercio del siglo XVIII Madrid vivió á oscuras, y hablando de Madrid se habla de toda España, porque por la cabeza se conoce á la gente.

El buen Don Carlos III, de memoria más gloriosa y de gloria más útil y duradera que otros reyes, famosos por el resplandor fugaz de las armas, introdujo por primera vez la luz material con los farolillos pobres que medio alumbraban las calles, y dejó entrar desde España la luz intelectual con la creación de instituciones artísticas, educativas y económicas, que traían algo de los albores que ya empezaban á señalar un día nuevo en los horizontes de Europa.

Verdad es que los consejeros de aquel Monarca, los Aranda, Floridablanca y Campomanes, que hoy pasarían quizá por oscaristas, tenían menos miedo á la luz que los consejeros modernistas de nuestros tiempos.

Bajo aquella obscuridad, feliz para malhechores y aventureros, vivió Madrid desde que fué corte chica para una España grande. Entre medrosas tinieblas, cortadas á veces por la luz mortecina de alguna lámpara con que la devoción alumbraba la imagen de un santo, se realizaban los robos á mansalva, los desafíos de valentones, las citas de galanes y tapadas, los encuentros de rondadores y de rondas, todos aquellos lances, mitad caballerescos y mitad rufineros, que dieron asunto y color al gran teatro de entonces, espejo brillantísimo de las costumbres, aficiones y vida de la corte de los Austrias.

Y entre aquellas tinieblas espirituales más medrosas todavía, sólo cortadas de cuando en cuando por la luz de algún cerebro puramente literario ó artístico, realizaron también los aventureros y salteadores políticos los saqueos, persecuciones y atropellos, todas aquellas malandanzas que dieron asunto á la triste historia de entonces, epíteto vergonzoso de nuestra muerte nacional.

Si la obscuridad material fué cómplice y encubridora de fechorías particulares, la obscuridad espiritual fué á su vez elemento propicio á las fechorías políticas que la audacia de arriba ejecutaba y el embrutecimiento de abajo consentía.

Por esto merece gratitud eterna aquel Rey erido al aire renovador que corría fuera de España. El fué quien primero llevó la luz á la calle, y la calle es el símbolo de la vida pública y de la conciencia popular.

Ya los almirados lechuguinos y petrimetras podían salir de sus tertulias y sarasos sin la incómoda compañía de las hachas de viento, y los manolos y las majas podían requebrarse á la media luz que daba mayor misterio á sus amorosos donaires.

Y ya el pueblo pudo columbrar á esa media luz que había ideas y cosas de él desconocidas, las cuales le prepararon para las explosiones políticas y patrióticas ocurridas años después.

Desde aquellas noches de linternas y faroles de aceite el mundo ha andado mucho espacio en poco tiempo.

Catástrofes provechosas; tormentas que han barrido unas instituciones y saneado otras; trastornos que han cambiado las corrientes de la humanidad y la configuración social poniendo arriba lo de abajo, y abajo lo de arriba; revoluciones científicas y morales han traído nuevos sistemas de iluminación material y espiritual.

España vivía, á pesar de ello, fuera de Europa, y muy atrás de la cultura moderna. La luz nueva brillaba todavía muy lejos. Madrid—y Madrid sigue siendo en este caso España—no recordaba ya sus viejas farolas de aceite; pero estaba todavía en el gas.

Y el gas es ahora un fluido casi medioeval. Tanto y tan deprisa se desgastan las cosas en este andar vertiginoso del progreso, que la novedad de ayer es hoy una antigüalla!

Por fin va llegando á la calle la luz moderna: la luz eléctrica, el relámpago domesticado, prisionero de nuestras manos, esclavo de nuestra voluntad,

servidor obediente y mudo de nuestros caprichos y menesteres.

¡Bien venida sea, aunque venga tarde y á pedazos, porque no todas las calles la disfrutan!

Los grandes globos, blancos, brillantes, suspendidos entre la penumbra de la noche, parecen trozos de luna caídos de trecho en trecho sobre nuestras calles y plazas.

Ante su esplendor magnífico, los mecheros oscilantes del vetusto gas palidecen de miedo, como las estrellitas en presencia del astro nocturno; y las antiguas farolas que se nos antojaban monumentos de la claridad, se nos antojan ahora tétricos y fúnebres blandones de un entierro.

Y en verdad, con esta y otras iluminaciones de la ciencia y del arte, se lleva á enterrar algo que ya está en punto de enterrarse, porque está muerto en todas partes, y sólo en España se mantiene en pie á favor de la obscuridad social. Ese algo es la vida anticuada, que ha traído sobre nosotros los golpes de la desgracia, la anemia de la decadencia y el azote aún más doloroso del desdén ó la conmiseración del extranjero.

La aurora del día nuevo, que alumbraba las cumbres antes que los valles, va apareciendo en las clases cultas, que ven con claridad los caminos de salud.

Hay luz en lo alto. La lámpara incandescente lucía ya en los palacios, en los grandes centros de vida intelectual, en las grandes fábricas, en los grandes talleres. Falta electricidad en la calle, que es el domicilio popular.

El pueblo español se muere de obscuridad y de indolencia. La electricidad tiene luz y energía.

¡Electricidad para el pueblo!
Y la generación venidera tendrá algo que agradecer, ya que tiene tanto de qué culpar á la generación presente.

¡Luz en la calle!

EUGENIO SELLÉS

De la Real Academia Española.

EN UN ABANICO

¿Qué escribiste en tu abanico

La cansada musa mía?

¿No eres tú de la poesía

Vencido inexhausto y rico?

¡Bástele, pues, al liviano

Choclo del fresco viento,

Que le perfume tu aliento

Y que le esteeche tu mano;

Y que en tus seductoras,

Velando en él tu mirada,

Le trueques en nube dorada

Sor el fulgor del Aurora.

J. VALERA

De la Real Academia Española.

RECUERDOS JUVENILES

El café de la Luna.

El café de la Luna era, allá por los años de 1874 á 75, centro de reunión de varios artistas y aficionados al arte.

Ricardo Navarrete, Paco Américo, Martínez de Tudela, José Muriel, José Cuevas y otros pintores no menos distinguidos, acudían al antiguo establecimiento todas las noches, y allí íbamos también Román Goicoerrotea, hoy alto funcionario; Rafael Salaya, secretario que fué del Ayuntamiento, Joaquín-Gauche, Arturo Vázquez, Luis Aviles, Andrés Muruais y este humilde servidor de ustedes.

Por aquel entonces yo escribía versos festivos en un semanario que dirigía Ricardo Sepúlveda, y se titulaba *El Mundo Cómico*, y Américo no había obtenido aún la fama merecidísima que le conquistó su hermoso cuadro *El Saco de Roma*.

Eramos Américo y yo inseparables amigos, y cuando él terminaba su clase en la Escuela de Artes y Oficios, clase que desempeña aún, comíamos juntos casi siempre y nos íbamos al café consabido, donde ya estaba esperándonos Antonio Vázquez, excelente tallista cordobés, de carácter apacible y uno de los hombres más buenos y más simpáticos que he conocido.

Vázquez, era el primero en llegar y el último en recogerse; y puedo decirse que cifraba su dicha en formar parte de aquella tertulia, siempre bulliciosa, y en la que reinaba la alegría en todas sus manifestaciones.

Una de las tareas á que nos dedicábamos frecuentemente era la de hacer versos con pie forzado. Américo, Gauche y Arturo Vázquez—poetas estos estos dos últimos poco conocidos, pero que hubieran de seguro conquistado un buen nombre en la literatura cómica de haberse dedicado á escribir para el público,—componían sus versos con gran facilidad y con muchísima gracia. Américo, el ilustre pintor, manejaba la penola con el mismo brillante éxito que hoy maneja los pinceles; y era cosa muy divertida vernos á todos con la cabeza baja y el labio caído, escribiendo redondillas, romances y sonetos, poseídos del mayor entusiasmo, como si de aquella tarea dependiese la felicidad de nuestros hogares... futuros.

Antonio Vázquez, el tallista famoso que había consagrado su tiempo y sus dotes al arte que le daba

de comer, sintióse de pronto contaminado con el ejemplo y se lanzó también á la poesía.

Allí en el café no lograba exteriorizar sus ideas dándole forma brillante; pero en el seno del hogar escribía sin descanso, para venir después á la tertulia, satisfecho de sí mismo y decir con acento solemne:

—Miren ustedes lo que me ha salido.

Y nos leía sus obras, que eran admiradas ruidosamente por todos los concurrentes, hasta el punto de conmovier al propio autor, quien nos estrechaba la mano en silencio.

Martínez de Tudela, uno de los tertulianos más asiduos, de todos respetado por su erudición y su talento, aconsejaba á Vázquez que continuase cultivando la amena y vaga literatura, pero el poeta no ha atendido el consejo.

Aún no hace muchos días que me le encontré en la calle, y habiéndole dicho si seguía versificando me contestó riendo:

—¡Qué usted por Dios! ¡Si aquello fué una *guillemada*!

Tiene razón mi excelente amigo Vázquez: todos estábamos *guillemados* por aquel entonces.

Recuerdo unos versos escritos en fábula macarrónica que dedicamos á Martínez de Tudela el día de su santo, y que empezaban así:

«Sotiles ingenios la péñola esgrimen
é á vos la enderezan con grande vigor;
non buscan placeres, non buscan yantares,
más buscan con trovas mostrarvos su amor.
Magüer que vos pesa, cercano es el día
del yneso patrono Señor San Joseph;
aquel que-tan buenos turgos facía;
aquel que la vara sintió florecer.»

De aquella tertulia salió una novela en verso con el título de *Polvos y lodos*, que guarda en su biblioteca, como oro en paño, mi inolvidable amigo Martínez de Tudela.

La obra se llevó á cabo del siguiente modo: comencé yo escribiendo en el café un romance en que presentaba un embozado, óculto entre las sombras de una calle del Madrid viejo en noche tempestuosa del mes de Diciembre. Otro de los poetas del café de la Luna, Paco Américo, si no recuerdo mal, hizo á continuación unas redondillas, en las que explicaba quién era aquel embozado y lo que buscaba á aquellas horas en dicho sitio. A Américo siguió Gauche, á éste Arturo Vázquez; y unos después de otros, todos fuimos amontonando sucesos y desarrollando escenas que dieron por resultado una interesante historia llena de incidentes cómico-dramáticos y de graciosos anaerismos é ipverosimilitudes.

Américo, Muriel y Casas, el que murió no hace mucho, siendo dibujante del *Heraldo de Madrid*, ilustraron con ingeniosos y excelentes dibujos las páginas de la novela, en la que escribió Américo esta redondilla, puesta en labios del rey Felipe II:

«¡Oh fiero, implacable honor,
que me condenas artero
á echar en un sumidero
el retoño de mi amor!»

Y termina con esta quintilla de mi cosecha:

«Y para que del relato
haya quien dé testimonio,
le salvo la vida al gato;
y es que al gato no lo mato
porque es el mismo demonio.»

La novela, que de haberse podido publicar hubiese obtenido excelentes resultados, fué leída en secreto por gran número de personas, y aun hoy se ve su propietario, Pepe Martínez, en la necesidad de prestarla á los aficionados á curiosidades.

No recuerdo cuánto tiempo duró nuestra tertulia, ni sé qué causas originaron su disolución. Yo atribuyo ésta, en cierto modo, á que unos se cansaron, otros se murieron y otros se hicieron personas graves y admiradas; pero de fijo que en medio de sus esplendores presentes, recordarán con delicia y pesar á un tiempo mismo aquellas veladas del café de la Luna, donde aún existe el camarero Ramón, nuestro *padre espiritual*, como quien dice, citado en muchas de nuestras composiciones poéticas, y del que decíamos en cierta ocasión inolvidable:

«Ramón, que es pechero, mas home de empuja
é fiel entre fieles, cual otro no habrá,
las viandas ayunta, las aves, los peeces
é queso manchego para nos folgar.»

¡Felices tiempos aquellos en que ni Américo era pintor con primera medalla, ni Román Goicoerrotea ordenador de pagos, ni Salaya contador del Ayuntamiento, ni yo abuelo honorario y redactor efectivo de dosientos periódicos!

Sólo Ramón continúa siendo el hombre feliz de entonces, puesto que sirve las mismas chuletas empanadas á los mismos parroquianos alegres que se reunen en tertulia y escriben versos.

¡Oh juventud, primavera de la vida!
¡Oh Ramón, servidor eterno de las tertulias de café!

LUIS TABOADA

SONETO

La lava que en los senos de la tierra
se revuelve inflamada y contenida,
y prueba con violenta sacudida
á quebrantar la cárcel que la encierra,
sólo en la altiva cumbre de la sierra
logra abrir crater y encontrar salida;
y por ella al brotar entrojada,
al mismo tiempo que deslumbra aterra.

De igual modo el fecundo pensamiento,
que en vano agita, informe y turbulento,
la mente de la tope muchedumbre,
en el genio fulgura y centellea;
pues lo mismo la lava que la idea
siempre para brotar buscan la cumbre.

MANUEL DE SANDOVAL

“LA SALA DE ARMAS,”

DEDICATORIAS

Á BALBINA VALVERDE

Sólo una vez pillé una borrachera,
y lo pasé muy mal, amiga mía;
pero una *Turca* como usted quisiera
pillarla cualquier día.

Á NIEVES SUÁREZ

La hermosura de la griega
como clásica figura;
mas ninguna griega llega
á mi *Griega* en hermosura

Á PEPA SEGURA

En esta *mallorquina* ya se adivina
lo que la gente dice y hasta lo jura:
que para pastillitos, *La Mallorquina*,
y para *mallorquinas*, Pepa Segura.

Á CLOTILDE FÉROS

Un pintor el otro día
al verte me dijo á mí:
—¡Las cositas que yo haría
con una *paleta* así!

Á JUAN BALAGUER

Viéndote en esta comedia,
dudó un tirador ayer,
si tú eras Juan Balaguer
ó eras el Marqués de Heredia.

Á MARIANO DE LARRA

¡Eso es arte en cualquier parte!
¡Qué primor! ¡Qué *Don Sandalio*!
¡Larra, puedo asegurarte
que á ti en el Templo del Arte
te recibirán con paño!

Á PEPE SANTIAGO

Aunque eres artista de mucho talento,
yo creo que debes hacerte empresario,
que siendo Santiago tendrás de seguro
un caballo blanco

Á FRANCISCO MORANO

Morano, ¡venga esa mano!
Eres un actor muy diestro,
y estás en este *Maestro*
hecho un maestro, Morana.

Á MANUEL VIGO

¡Qué vales salta á la vista;
mas ¡ay! en esta ocasión
hay lucha entre Vigo (artista)
y Vigo (la población).
No vayas á Vigo, amigo,
que para Vigo es mal trago
el saber que queda Vigo
por debajo de Santiago

Á RAFAEL RAMÍREZ

¡Ay, Rafael, Rafael!
Todo el público ha notado
lo bien que haces el papel...
el papel de enamorado.

Á AGUSTÍN DEL VALLE

Tanto tu nombre subió,
que el ascenso se avvicina.
Tú ya no eres Valle. Yo
desde hoy te llamo *Colina*.

Á ALFREDO BARBERO

¡Ay, Barbero! ¡Por favor!
¡Te lo suplica Tafiá!
¡Dedicale á ser actor
y deja esa barbería!

Á FRANCISCO ALEMÁN

Trabajas con mucho afán
y eres actor aplaudido,
Tú podrás ser Alemán,
pero estás bien traducido.

VITAL AZA

INSTANTÁNEA

HEROISMO

¡Horrible tempestad!
Las furias del Noroeste recorren desentrenadas
el litoral Cantábrico.

Una goleta desmantelada lucha en la bahía de San Sebastián; lucha con el huracán, como pudiera luchar un corderillo entre las garras de un león.

Montañas de agua, que se forman en un instante y se deshacen en otro, arrollándolo todo, interponense entre la goleta y el puerto.

Nada importa; los marineros guipuzcoanos son hombres y ven á otros en inminente peligro. ¿Quiénes son éstos? Tampoco importa. Los hombres son hermanos en la mar.

Y los bravos donostiarras no vacilan. Largan sus frágiles barcos, saltan á bordo, lanzanse á las